AÑO VII
N.º 283

LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
7.500

PERIÓDICO ILUSTRADO

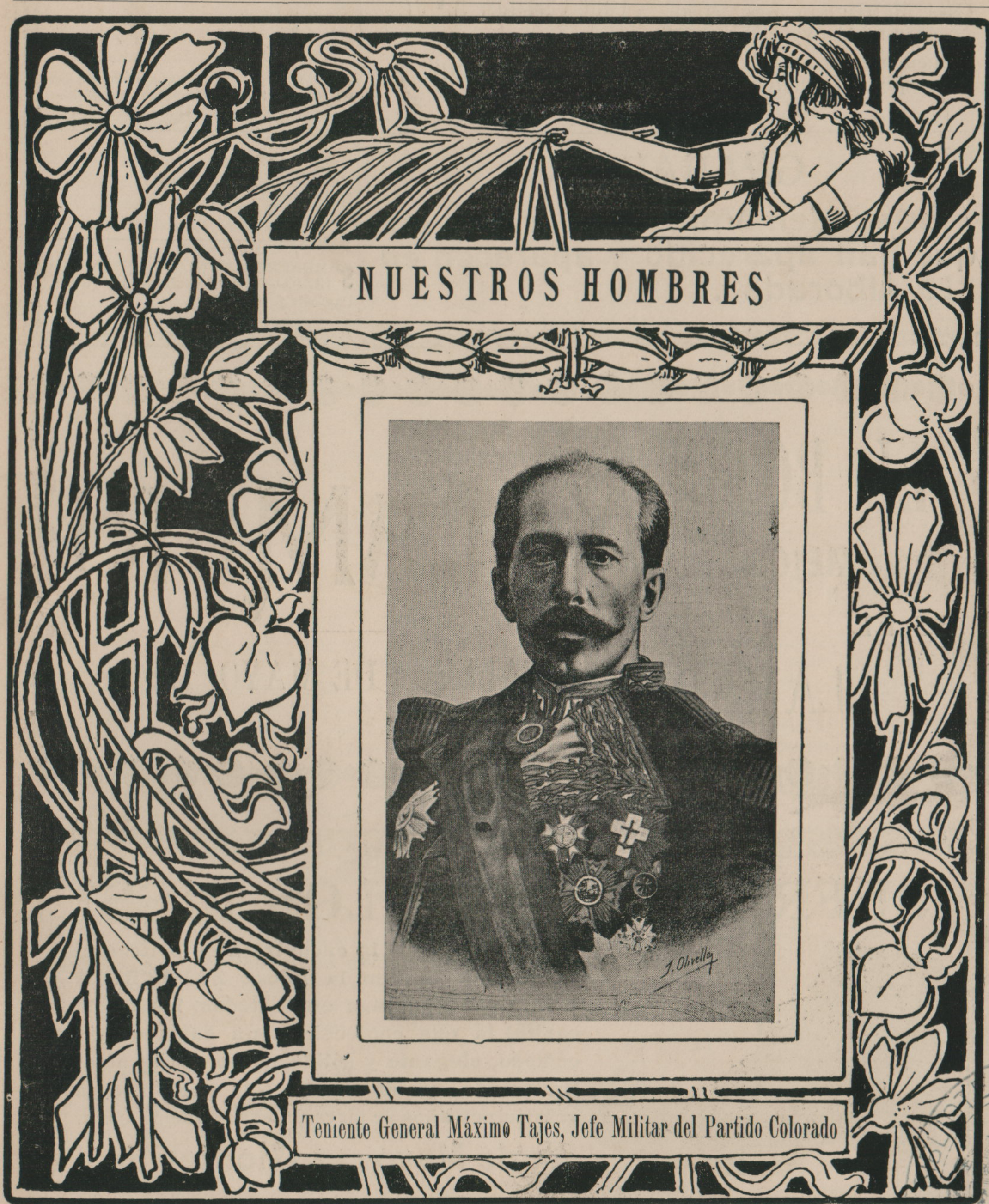
SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES:
CARLOS F. MUÑOZ
MANUEL MEDINA BETANCORT

ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

DIBUJANTES:
ORESTES BAROFFIO
A. B. VICO Y HAGET

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Agosto 16 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5



Teniente General Máximo Tajes, Jefe Militar del Partido Colorado

Dib. de O. Baroffio.

NOTA: En el próximo número continuará esta Galería con el retrato del doctor Alfonso Lamas, Presidente del Directorio del Partido Nacional.

Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

CAPÍTULO XXXIX

Guillermito seguía entre la vida y la muerte; la fiebre no cedía y la debilidad, en extremo alarmante, que lo dominaba, se iba apoderando de todo su organismo; además, el constante recuerdo de su padre y la ansiedad de verlo que demostraba á cada momento, le iban consumiendo el cerebro y el corazón.

Una mañana suplicó tanto Leonor á la hermana qne se retirara á descansar, que al fin ésta se decidió á marcharse á su aposento, pero escasamente habría transcurido media hora, volvió á la habitación del niño, y al encontrarlo dormido, se arrodilló á la cabecera de la cama.

Cerca de una de las ventanas del lado opuesto al que ocupaba el lecho del niño, hallábanse don Guillermo y su hija. Tan interesante era el asunto de que trataban, que abstraídos en la conversación, no se apercibieron de la llegada de la condesa.

—Y¿ qué crees que sucederá ahora? papá, decía Leonor, en cuyo pálido semblante se veían aún las huellas de recientes lágrimas.

Don Guillermo no contestó al pronto. En actitud reflexiva, tenía los ojos fijos en un periódico que estaba en el suelo.

—Quizás, dijo el viejo al cabo de algunos momentos, se casarán ahora, pero. . .

El señor Gordon se detuvo, había notado la presencia de la condesa, pero Leonor, que siguió la mirada de su padre, no creyendo que era motivo para suspender la conversación el que estuviera presente la hermana, continuó diciendo.

—No, papá, no pueden casarse; te olvidas de que hoy existen los mismos inconvenientes que al principio.

—Tienes razón, hija mía, murmuró el propietario, y después en voz baja añadió: entonces, puede que vuelvan á Inglaterra.

Ni Leonor ni su padre sospechaban que el asunto que los absorbía fuera de tanto interés para la hermana, pero ésta continuaba de rodillas, y aunque fingía no escuchar, no perdía una palabra de cuanto decían.

-La muerte de ese hombre es una nueva desgracia, murmuró tristemente Leonor.

—Sí, lo es en verdad, hija mía, tenía nobles sentimientos, y el golpe que recibió fué terrible.

Durante algunos segundos ambos guardaron silencio. Luego Leonor prosiguió:

—¿Y dices que crees que vendrá con ella?

—¡Dios quiera que no suceda así!; pero pensándolo bien, sería mejor que vinieran, exclamó don Guillermo, porque de ese modo podría echar en cara á esa mujer cosas que no le habían de agradar mucho y que á mí me proporcionarían una gran satisfacción el podérselas decir.

—¡Quién sabe, padre mío, si esa mujer á quien te refieres habrá sufrido también!

—Si ha sufrido, bien lo merece. ¡No has sufrido tú también!. . Por su causa nos vemos rodeados de las muchas desdichas que nos acosan, y si esa mujer no se hubiera atravesado en tu camino, este destierro en que vives, la enfermedad de tus hijos y la angustia que te ahoga, no existirían; y créeme Leonor, continuó don Guillermo, con sentencioso tono,—¡la mujer que ha causado tantos infortunios, debe estar maldita de Dios y despreciada de los hombres!

Abundantes lágrimas obscurecieron los ojos de la hermana y un profundo suspiro, que pasó desapercibido para don Guillermo y su hija, se escapó de entre sus labios.

—Padre mío, repuso Leonor conmovida; si esa mujer tiene conciencia, si su corazón ha comprendido el grave mal que nos ha causado, seguramente estará arrepentida de su conducta. ¡Quién sabe si Dios la habrá castigado y padece ahora más que nosotros!

—Por grande que sea el castigo que haya sufrido, nunca será el que yo le hubiera impuesto al estar en mi mano el hacerlo.

—Por mi parte te aseguro, papá, que al acordarme de ella no es odio lo que mi alma siente, sino compasión.

—Eres muy buena, hija mía, y por eso sólo amor y ternura caben en tu corazón.

Bibiana estaba confundida. Juntas las manos y anegados los ojos en lágrimas, rezaba con fervor. En aquel momento no hubiera podido articular palabra: hasta tal punto le faltaba el aliento.

—Creen, murmuraba para sí la sin ventura, que aún me encuentro con Lionel; pero ¿por qué debo volver á Inglaterra? ¿qué ha podido ocurrir que tanto los aflige?; ¡oh, Dios mío!; ¡si supieran lo que he sufrido! ¡si conocieran que por mi causa nos separamos el mismo día de nuestra huída en las playas de Calais! ¡cómo me compadecerían!

Y por un momento la condesa pensó decirles la verdad, pero luego, aunque comprendió que eso sería gran consuelo para la infortunada esposa, vió al mismo tiempo lo inútil que había sido su sacrificio.

—¡Es necesario tener paciencia y esperar que la ocasión sea favorable para desengañarlos, ya que Lionel no ha querido hacerlo durante tanto tiempo!

Así pensaba Bibiana, cuando don Guillermo se le acercó y le dijo en voz baja:

—Sor María, no deje usted sola á mi hija; trate de consolarla; ¡ha recibido tan malas nuevas!

No perdió un momento la condesa, dirigióse á la señora Ridal y con mucho afecto se apresuró á decirle:

—Sé, señora, que un nuevo pesar la abruma; . . ¿puedo aliviarla en algo?

— Muchas gracias, hermana, pero en este mundo ya no hay consuelo para mí.

—¡Dios tiene siempre consuelo para todos nuestros pesares! exclamó la hermana con dulzura.

La señora Ridal iba á contestar, pero un criado entró á anunciarle que doña Ana, su madrastra, le suplicaba que subiera.

Bibiana quedó sola. Lo primero que hizo fué coger el periódico mientras decía: Aquí, sea cual sea, debe estar la noticia, y el corazón le palpitaba fuertemente. Con temblorosa mano desdobló el papel y se quedó confundida cuando después de leer febrilmente, sus ojos tropezaron con el siguiente encabezamiento. «Muerte

(Continúa á la vuelta).

del conde de Lin». Parecíale que las letras se movían, aumentando de tamaño unas veces, mientras otras se hacían invisibles. Habíase quedado suspensa, y con los ojos clavados en el periódico, y lloraba oprimido el corazón por la angustia.

—¡Muerto!.. ¡Mi marido muerto, creyéndome culpable y sin haber tenido noticias de mi arrepentimiento!

Y volviendo á evocar toda su vida, dominada por el terror, exclamó desolada:

—¡Dios mío, Dios mío, ten misericordia de mí!

La noticia de la muerte del conde de Lin, se daba en un largo suelto. Hablábase en él de su nacimiento, de su matrimonio y de sus últimos días; había estado enfermo durante varias semanas, muriendo en su casa de campo. Inclinada la humanidad á hablar de lo que siempre debería callarse, hacíanse en el periódico determinadas alusiones á la súbita desaparición de la condesa, concluyendo con estas palabras: «Desde hace mucho tiempo nada ha podido saberse de la condesa de Lin, sin embargo, el difunto conde al morir le deja en su testamento una magnífica renta».

Una sonrisa inconsciente apareció en los labios de Bibiana. En confuso tropel acudieron á su mente multitud de pensamientos. Era viuda, libre, rica... Al entrar en el convento no había hecho votos de ninguna especie, por lo que no había nada que le impidiera volver nuevamente al risueño mundo que se le presentaba ante la vista. Los tres años que transcurrieron, considerábalos como años de expiación y dedicada por completo al trabajo, había cuidado á los enfermos y ayudado á los pobres. Sin embargo, á los ojos de ese mismo mundo aparecía aun culpable; nada había hecho para desvanecer la idea que todos tenían, creyéndola en compañía de Lionel, y ahora se daba cuenta del grave error que había cometido.

—Hermana, dijo Guillermito.

Y en un momento todo lo olvidó la condesa, excepto el niño.

—Sor María, volvió á decir el niño. ¿Que tiene usted que la atormenta tanto?

—¿Por qué me lo preguntas? hijo mío.

—Porque hace rato que la estoy viendo llorar.

—Sí, hijo, tengo un pesar muy amargo, repuso la condesa.

—Yo creía, continuó diciendo Guillermito con inocencia infantil, que las hermanas nunca tenían pesares; me parecía que eso sólo ocurría á las señoras como mamá.

—Todos, hijo mío, sufrimos desdichas en este mundo.

—Entonces, ¿las iremos á tener Victoria y yo, hermana? preguntó el niño con candor.

La condesa permaneció silenciosa. Hizo un supremo esfuerzo, pero no pudo articular una sola palabra.

—Sor María, la quiero á usted mucho, pero mucho, y deseo que me diga una cosa: ¿podré ver pronto á mi papá? si es que voy á morirme, quiero verlo antes.

La palidez de Bibiana aumentaba visiblemente, mientras que sus ojos reflejaban intensísima angustia.

—Sólo sé, hijo de mi alma, tartamudeó difícilmente la condesa, que tu papá partió para un viage muy largo.

—Sí, repuso el niño, me acuerdo que mamá lloraba mucho; pero dígame, ¿sabe usted por qué nos dejó papá, á mamá y á nosotros?

La condesa estuvo á punto de lanzar un grito desgarrador. La pregunta inocente de Guillermito, le torturaba el alma, y sin acertar qué responderle, lo cogió entre sus brazos, y cubriéndolo de besos, con mucha emoción le dijo:

(Continuará).

para manifestárselo; cuando intentó hacerlo, las palabras murieron en sus labios. La situación de Lorenzo era penosísima. ¿Por qué vió á Elena precisamente cuando había resuelto darle su nombre á otra mujer? Decidióse por fin á hablar. Manifestóle á su buen amigo Alejandro su resolución de casarse con Elena; pero éste le dijo que, por conseguir el empleo de agente de cambio, había comprometido la dote de su sobrina; y que era una ingratitud lo que pensaba hacer. Además, le recordó que debía sesenta mil francos y que no podría saldar esa deuda si no se casaba con su sobrina.

Lorenzo se convenció fácilmente. Había soñado mientras hablaba con Elena; la emoción que sintió al verla le hizo olvidarse de todo, pero su sueño era irrealizable. No había que pensar más en el asunto. Fijaron el día de la boda, y en seguida se hizo csrgo de su empleo.

Esperando á su adorado...

—

Transcurrieron tres meses. Lorenzo no había vuelto á encontrarse con Elena. No faltaba sino un día para su matrimonio con la señorita Gilda Borghi, sobrina de Alejandro. De pronto, mientras Lorenzo se encaminaba á la casa de su futura, se encontró con Elena. Sintió una extraña emoción. Jamás la había visto tan hermosa. Elena se le acercó; y, mientras que Lorenzo le estrechaba la mano, procurando huir de sus miradas, le dijo:

—Lorenzo, tengo una buena noticia que darte. He recibido quinientos mil francos y estoy resuelta á ser tu esposa. ¿Aceptas?

—Lo siento en el alma, pero es imposible.

—¿Por qué?—preguntó Elena sintiéndose desfallecer.

—Porque no puedo aceptar tu propuesta.

—¿Amas acaso á otra mujer?

—Sí, á pesar mío.

—Tú quieres burlarte de mí.

—No, Elena, te hablo con seriedad: todo ha concluido entre nosotros.

—¡Ah, Lorenzo, jamás hubiera creído oir de tus labios semejantes palabras! Yo quería ser tu esposa; la fatalidad se opuso á nuestro enlace y me obligó á darle mi mano á otro hombre; pero mi amor y mi corazón han sido siempre tuyos: siempre. No, tú me engañas. Hace tres meses me juraste que serías mi esposo y no puedo creer en tus palabras.

—¡Ah! Si tú supieras... Pero ¿qué quieres? Ya estoy decidido: mañana me caso.

Elena rompió á llorar. El golpe fué terrible. Lorenzo permaneció conmovido, sin atreverse á mirarla. Elena se despidió. Cuando Lorenzo se dió cuenta de lo que había hecho, Elena había desaparecido. Dos horas después recibía ésta la siguiente misiva:

«Adorada Elena:

«Te escribo lo que por vergüenza no te he dicho de palabra. Te amo con locura, con todas las energías de mi alma enamorada; pero debido á mi pésima condición pecuniaria, me veo obligado á casarme con la sobrina del conocido banquero Borghi.

«Nuestro matrimonio estaba decidido desde antes de nuestra primera entrevista. Cuando te vi pensé romper mi proyectado enlace; pero los graves empeños, asumidos por mi generoso amigo Alejandro, me impidieron llevar á cabo mi resolución.

«Mis tormentos son terribles.

«Amame siempre y ten compasión de tu infeliz.

«*Lorenzo*».

Esta vez no miente, pensó Elena, y, mientras volvía á leer la carta, dos lágrimas ardientes de resignación quemaron sus pupilas.

MIGUEL A. PASQUALE.

Lima, agosto de 1903.

Marina tropical

(Del libro inédito *«Continentales», sonetos indianos»*).

El remero apoyó la abierta mano
en el casco del buque; y lentamente,
se alejó el postrer hote... Enorme lente,
bajo el ojo del Sol, era el oceano.

Puesta la proa hacia el confín lejano,
el buque de las Indias de Occidente
zarpó, llevando á la europea gente
los tesoros del suelo americano...

Y allá, en las playas, entre espumas rotas,
cuando el buque virando en sus anhelos
volvió la espalda con brutal desaire,

se levantó una banda de gaviotas,
cual si fuese el adiós de cien pañuelos
suspensos y agitados en el aire...

JOSÉ S. CHOCANO.

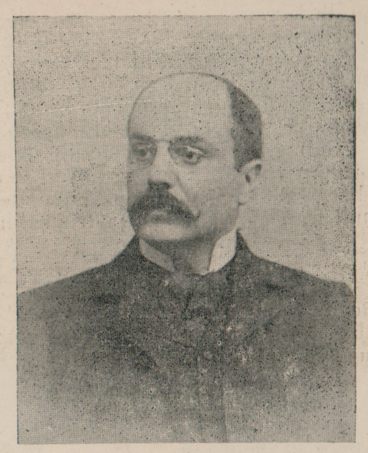
Centro América, 1903.



Esponsales



Señorita María Elena Novoa



Doctor Silvio A. Guerra

En la noche del lunes último, se verificaron en la iglesia de Lourdes, los esponsales del inteligente doctor Silvio A. Guerra con la interesante señorita María Elena Novoa.

Una concurrencia numerosa y selecta que llenaba las naves de Lourdes, presenció la ceremonia nupcial.

La señorita Luisa Valdez cantó el Ave María de Gounod á la entrada de los novios al templo.

Los novios fueron apadrinados por el señor Carlos Muñoz, tío de la desposada, y la señora Carolina Callorda de Novoa, madre de la misma, siendo testigos de la ceremonia los señores Luis M. Surraco y general Pedro Callorda.

El nuevo matrimonio ha partido ya para San Eugenio, donde el doctor Silvio A. Guerra está radicado.

En el Parque Urbano

EN HONOR DEL DOCTOR MANUEL M. MATTOS



El banquete en el Parque Urbano

El domingo pasado se verificó en el Parque Urbano una interesante fiesta en honor del edil doctor Manuel M. Mattos, director de Parques y Jardines.

La sociedad local «12 de Octubre» y un numeroso grupo de vecinos de la Playa Ramírez, eran los que obsequiaban al señor Mattos, como demostración de reconocimiento por las notables mejoras que este inteligente edil, con la sección municipal á su cargo, había realizado en el bonito Parque Urbano, que, con el tiempo, será, sin duda alguna, un ameno recreo de los montevideanos que deseen un rato de solaz y aire puro en el verano, sin necesidad de salir muy lejos.

A medio día los concurrentes á la fiesta, en la que hacían acto de presencia además de obsequiado y obsequiantes, varios otros ediles y miembros de la prensa, hicieron los honores debidos á un abundante almuerzo servido en un local improvisado que lucía numerosas guirnaldas de laurel y flores, banderas nacionales y escudos alusivos. Se sentaron á la mesa unos sesenta comensales. A los brindis hablaron el doctor Mattos, el señor Antonio Vidal, que ofreció la fiesta, y el presidente de la sociedad «12 de Octubre».



Los asistentes á la fiesta en el puente del Parque Urbano *Fots. de Santini Hnos.*

La peregrinación de los católicos argentinos



La columna católica de orientales y argentinos en el muelle
Inst. de Santini Hnos.

El domingo llegaron á esta ciudad, en misión de peregrinaje á la Iglesia del Perpétuo Socorro situada en el Arroyo Seco, un numeroso grupo de católicos de la vecina orilla.

A las nueve de la mañana, hora en que desembarcaron en nuestro muelle los peregrinos porteños, fueron recibidos por una delegación de las instituciones católicas nuestras. Formados en columna unos y otros, con la banda de música de la Escuela de Don Bosco al frente y banderas nacionales y argentinas, salieron de la Aduana en dirección á la citada iglesia del Perpétuo Socorro.

Una vez llegados al sitio designado como meta de la peregrinación, oyeron misa y comulgaron, dirigiéndose después en trenes expresos á los talleres de Don Bosco, donde se sirvió el almuerzo.

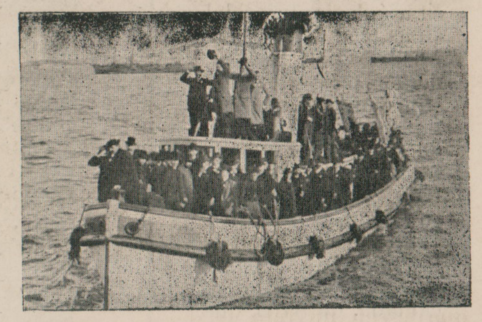
A las 2 de la tarde en el local del Círculo Católico de Obreros, se realizó la asamblea que fué numerosa.

Hicieron uso de la palabra varios oradores, entre ellos el doctor Miguel Perea presidente del círculo, el sacerdote Grotte por los obreros argentinos, y el padre Camacho director de los círculos católicos de obreros del Uruguay. Una vez terminado el acto, se organizó la manifestación de despedida. Esta tomó por las calles Minas, 18 de Julio, Sarandí, Cámaras, 25 de Mayo y Colón hasta la Aduana. Después, se embarcaron los peregrinos á bordo del «Colombia», de regreso á Buenos Aires.

Las banderas á la cabeza de la columna

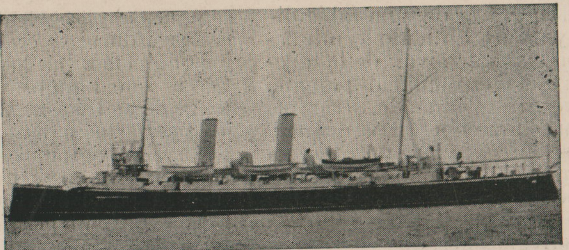


La columna al salir de la Aduana



Los peregrinos llegando al muelle en el «25 de Agosto»
Inst. de L. E. Odin.

La tifoidea en el "Cambrian"

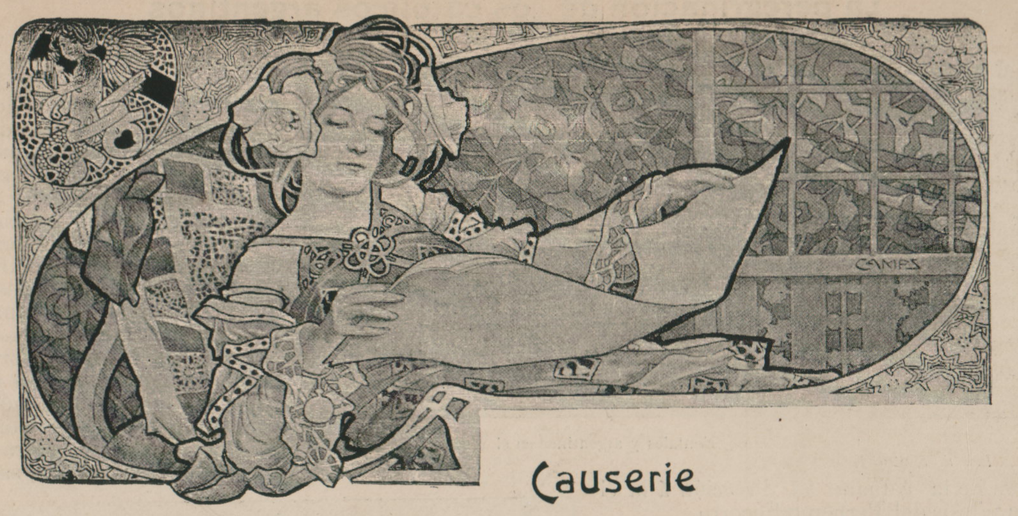


El crucero inglés «Cambrian»

Como una verdadera peste, se ha enseñoreado la fiebre tifoidea en la dotación del crucero inglés «Cambrian», de estación en nuestras costas desde hace mucho tiempo.

Estando este buque en Maldonado, se produjeron los primeros casos; hoy asciende el total á 26. Veintiuno de ellos se asisten en el Hospital Inglés. Atribúyese el mal que ralea á la tripulación del «Cambrian» á la mala condición del agua que allí se toma.

El buque inglés hállase ahora en indeterminada cuarentena en la Isla de Flores, por disposición de nuestro Consejo de Higiene.



Causerie

A Luis J. Varela y Orbegoso.

No sé qué extraña y molévola sombra cae sobre todos los esfuerzos nacionales. Nace una obra, renace una institución añeja, se levanta una voz audaz y renovadora, y después de la restauración generosa, después del acento heroico, viene el silencio, la inmovilidad y la muerte. Sólo explica esta burla de la suerte, esa palabra profunda que Daudet pidió á los griegos: *eironeia*. Los sociólogos explicarán este agotamiento por la acción de un medio enervante, por la solicitación voluptuosa del clima, por el atavismo pernicioso de la raza; pero es muy cierto que si no huimos de este fatalismo que anonada, de esta paz que tiene aspecto de cementerio, veremos el ocaso de nuestros ideales. La parte más digna de la juventud, la partícula del geniecillo encantado, de Ariel, que llevamos todos en el alma, se subleva contra la invasión de Calibán, que amenaza romper con toscas manos, la delicada urdidumbre del ensueño.

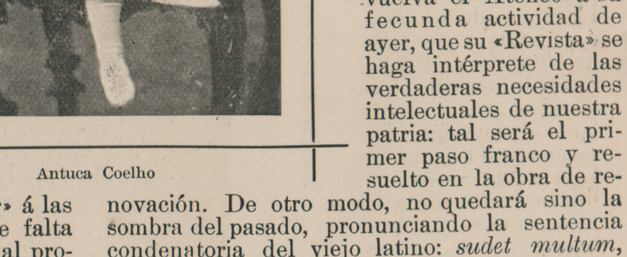


Señorita Hortensia Trías

Nuestra juventud necesita de una sabia dirección intelectual y de un estímulo continuado, eficaz, activísimo, para salvar de la inacción. Un maestro, una personalidad pujante, una sociedad orgánicamente formada, serán los factores de la futura elevación intelectual. Mientras todos marchen aislados, mientras un incentivo noble y unánime no anime á los que se inician, sentiremos el peso del que ve agotarse la médula de una generación en tanteos infecundos, en interrogaciones que ya recibieron respuesta, en sueños que han perdido su virtud. No basta la dirección del libro, el eterno modelo europeo, la invasión de la lectura frívola: no queremos ser imitadores sin energía, siervos perpetuos de un ideal que no es el nuestro. Una voz nacional vale más por su acción sugestiva, por su llamada generosa, que un coro de acentos exóticos. No pretendo que nos encerremos en torres secretas, fijos los ojos en los senos de nuestra mente, como si de ella viniera toda luz. Se impone el estudio hondo y sentido de toda cultura; pero con método, con orientación definida. Y hay que buscarla, á través de todas las iniciativas, como flor sagrada de estas aguas silenciosas. ¿Quién debe señalarla? Los maestros, las instituciones viejas, todos los que tienen una tradición que conservar, todos los que aman á la juventud y aman á la patria.

Nada se alcanza con declamaciones, con deliquios de chauvinismo infantil: no vale la nación por los jefes políticos, por la ideología legislativa. Más honda está su alma, más fuerte es su simiente: vive de ideas comunes, de progresos científicos, de obra educativa. Educar es crear: no tenemos creadores, los que tienen luz la esconden con recelo, prefieren que alumbre el gabinete callado, de las vigilias tristes. Va avanzando la ola negra del pesimismo: envueltos en un perpetuo círculo vicioso, pensamos en nuestros males, lloramos sobre las ruinas de nuestra grandeza intelectual, sin poner hombros á la tarea regeneradora. Somos, diría un pesimista, sepultureros que cantamos ante una tumba.

Las grandes epopeyas intelectuales se han realizado siempre por influencias sagaces, por uniones fecundas. Vibra aún en Alemania la voz austera de Fichte, pronunciando lecciones sabias de regeneración intelectual. La misma cruel ironía de Heine, del franco ataque al «filisteísmo» alemán, nacían de un íntimo amor á la generación joven de la patria. Urge promover aquí estos llamados robustos: todos los problemas sociales, todas las obscuridades de nuestra historia exigen el trabajo lento de una juventud ardorosa. Hay que convertir la imitación continuada de modelos exóticos, en elemento de obra nacional, celosamente trabajada. Necesitamos depurar nuestra lengua, mantener el sello castizo ante la invasión francesa, ser artífices del lenguaje tradicional: sólo así surgirá una literatura hermosa, por la lozanía inmortal de la lengua.



Antuca Coelho

Dos instituciones—que tienen historia—están obligadas á preparar entre nosotros el período de renacimiento. Una de ellas, la más ilustre por sus miembros y su tradición—es la Academia Peruana. Después de un breve esplendor, ha permanecido silenciosa, como si hubiera terminado su obra. Mientras en otros países sudamericanos, las Academias se ostentan gloriosas, aquí desmiente el lema clásico: no «da esplendor» á las letras nacionales nuestra Academia. Le falta el trabajo tenaz, la colaboración sabia, el propósito educativo. Palma se limita á defender, con ingeniosa pluma, sus amados neologismos.

El Ateneo ha sufrido también el golpe clásico: brillante, lleno de entusiasmo, lanzado á las batallas de la «Revista», inaugura conferencias y concursos, reune á una generación selecta, avanza resueltamente ante la incredulidad de los que huyen del esfuerzo. De súbito se detiene: ha perdido el impulso, ha sentido la fatiga de las ascensiones dolorosas. Pronto será un cuerpo muerto, un recuerdo fugaz en las letras nacionales. Tuvo otra época—ya lejana—de gloria: entonces brillaba en el Perú una pléyade augusta. Perdió después su brío, y cuando, poco hace, sintió un soplo animado, cuando parecía asegurar su vida y su porvenir, yace hoy, como un púgil vencido, cubierto por el polvo de la inercia. Nuestro mal no perdona ningún propósito, no respeta ninguna espectativa.

Para vencer esta presionadora influencia hay que trabajar en una obra común, de desinterés, de trabajo y de expansión intelectual. Que vuelva el Ateneo á su fecunda actividad de ayer, que su «Revista» se haga intérprete de las verdaderas necesidades intelectuales de nuestra patria: tal será el primer paso franco y resuelto en la obra de renovación. De otro modo, no quedará sino la sombra del pasado, pronunciando la sentencia condenatoria del viejo latino: *sudet multum, frustraque laboret, ausus idem.*

F. GARCÍA CALDERON REY.

Julio 2 de 1908.



De "El Éxodo y las flores del Camino"

PRIMERA PÁGINA

El mar es más constante que yo; las nubes rojas
del orto más que mi alma conservan su vestido;
yo tengo la impaciencia perenne de las hojas;
mi amor es un eterno gemelo de mi olvido.

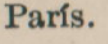
Mi mente es un espejo rebelde á toda huella,
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire
del viento: el aereolito que cae, esa es mi estrella.
Mis goces y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera;
jinete en mis pegasos ó nauta en mi galera
corriendo voy tras todo señuelo que lo finge;
mi hermana la cigüeña me ha visto donde quiera
que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos mientras que su matiz ignoro,
amo una boca mientras no escucho sus acentos;
jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del césar por quien lucho, del Dios á quien imploro,
del puerto á donde bogo ni el rumbo de los vientos.

Criatura fugitiva que cruza el mundo vano;
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor, ni llevo, y así voy al arcano
lanzando con un gesto de sembrador el grano
fecundo de mis versos al surco de mi vida.

AMADO NERVO.



París.



De todas partes

EL TEATRO EN EL EXTREMO ORIENTE—EL BAILE—LA MÚSICA

Los asiáticos abusan del teatro. Entre nosotros como en todas las partes del mundo civilizado, una representación dura regularmente tres ó cuatro horas. Allá las piezas se prolongan por dos y tres días. En general, las *troupes* se componen exclusivamente de hombres, que se visten de mujeres para interpretar los papeles femeninos. A modo de decoración, no hay nada más que la tela del fondo ó el muro.

Por otra parte, en Asia los teatros son escasos. Las compañías ambulantes trabajan en la *casa común* ó al aire libre. Los trajes son excéntricos, y las cajas de los accesorios están repletas de máscaras, de barbas postizas y de crines. Sin embargo, los trajes son muy ricos.



La primera bailarina del rey de Norodom

Las piezas teatrales son, á menudo, especie de dramas históricos, llenos de combates y de heroísmos, con personajes valerosos que rememoran los grandes hechos y los grandes hombres de la raza... Por otra parte, es difícil desenmarañar las recitaciones de los actores, cuya voz no se oye, frecuentemente, merced á acompañamientos filarmónicos ensordecedores. De estas compañías de comediantes, las hay de diversas categorías: algunas, muy renombradas, son subvencionadas por la corte y los mandarines, y trabajan en las ceremonias oficiales. Cualquier rey de Camboja ó de Annaam tiene comediantes propios, y toda fiesta de la corte apareja una representación escénica; á menudo, la pieza ó el canto son obra del soberano. Así, en la corte de Annam, se ha oído un coro de la composición del rey Tham-Thaï entonado por pequeñas cantoras. Las danzas annamitas son muy extravagantes.



Una «troupe» teatral annamita delante de la «Casa Común» de Gocong

En ellas los pies no intervienen casi en las danzas annamitas; son las manos las que se agitan, se tienden, se encurvan, expresando cosas ininteligibles: manos largas, finas, como desarticuladas. Era un número admirable: danzarinas, cantantes, y luego un número teatral al aire libre, en el patio del palacio. Aquí, dos mimos grotescos figuraban un dragón y un tigre, y se empeñaban en un combate monstruoso, fantásticamente iluminado, á las veces, con llamas y fuegos de bengala, en medio de los cuales desaparecían los actores.

Las compañías ambulantes son reclutadas al azar. Se forman con niños comprados ó con otros que intentan seguir su vocación, que comienzan por actuar de comparsas y ascienden poco á poco. El aprendizaje de los partiquines jamás es complicado: consiste en atravesar la escena corriendo, agitando banderas y armas de cartón pintado.



Una orquesta de músicos «cambodgiens»

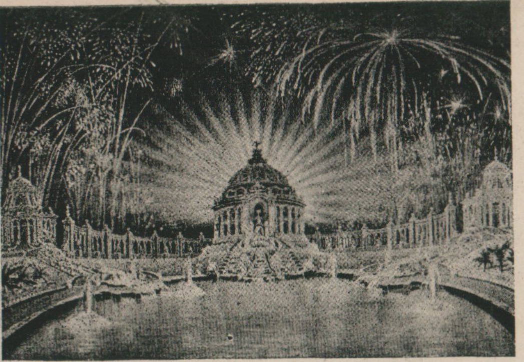
En todas las representaciones teatrales de los annamitas, un personaje está encargado de golpear en un tamboril suspendido en la sala, no lejos de la escena. Es una especie de *claque*, confiada á menudo á un personaje de alto rango á quien se quiere honrar de esa manera. Cuando un trozo se le ocurre bien desempeñado, bien presentado, golpea estruendosamente. Fuera de esta aprobación platónica, está obligado á tributar otros extravagantes homenajes al artista aplaudido.

La música de los annamitas se limita á algunos instrumentos de cuerda montados sobre caballetes y una especie de flauta con varios agujeros que representa todos los instrumentos de viento; tambores que á menudo se golpean con la mano, címbalos, un triángulo, platillos de cobre y pedazos de madera sonora.

De estos tambores de piel de búfaro los hay de diversas clases: unos son planos, otros largos, otros redondos como barrilitos. Entre estos tonelitos y estos instrumentos de madera, una orquesta annamita hace pensar en un taller de panaderos ó de toneleros.

No hay más que cómicos ambulantes, pues los ricos se entretienen con ellos en sus propias moradas.

El rey de Cambodge y el de Annam cuentan con danzarinas y cantantes que residen en palacio. Sin embargo, ellas no actúan más con la pompa y misterio antiguos, ni se elevan á los puestos más eminentes sin haber estudiado su arte durante mucho tiempo. Allí donde nosotros no vemos más que torsiones de manos, dislocamientos de falanjes, hay mil delicadezas que los profanos no alcanzamos á percibir, pero que arrancan exclamaciones de admiración á los conocedores y aficionados indígenas.



La Fuente Luminosa de la Exposición de San Luis funcionando la noche de la inauguración

LA EXPOSICIÓN DE SAN LUIS.—Después de la última gran exposición celebrada en París, indudablemente, la que le puede hacer honrosa competencia, es la Exposición de San Luis de Estados Unidos de Norte América, inaugurada el 30 de Abril con toda la magnificencia y pompa propia de las proporciones de aquel gran concurso mundial. Las primeras autoridades norteamericanas asistían al acto.

De entre todo lo que admiró más á los concurrentes á la inauguración y á los innúmeros turistas que la han visitado, es la gran Cascada ó Fuente de las Luces, puesta en juego por las noches. Tiene en esta fuente un tal ingenioso mecanismo para las combinaciones del agua y de la luz, que resulta el conjunto todo de una explendidez deslumbrante, inimaginable, algo así como un encantamiento.



El ex presidente de Estados Unidos, Cleveland; presidente Roosevelt, y el presidente Francis, en la Exposición de San Luis.



La iluminación del Cabildo de San Luis la noche de la inauguración de la Exposición

Los norteamericanos le han dedicado con esta fuente luminosa, un templo de soberana á la Luz, sobre todo á la que produce la electricidad.

Es una magnífica apoteosis.

Errata

Por una mala inteligencia de información, dijimos en la crónica que acompañaba el retrato del señor Pedro Turena, recientemente fallecido, y publicada en nuestro número anterior, que este señor era oriundo de España, siendo, sin embargo, por lo que ahora nos dicen personas enteradas, hijo de las provincias vascongadas de Francia.

Queda salvada la errata.

Sonetino

Alba en sonrojos—tu faz parece;
no abras los ojos—porque anochece!
Cierra, si enojos—la luz te ofrece,
los labios rojos—porque amanece!
Sombra en derroches,—luz, sois bien mías!
Ojos obscuros,—muy buenas noches!
labios maduros,—muy buenos días!

AMADO NERVO.

En el país del "Cake-Walk"

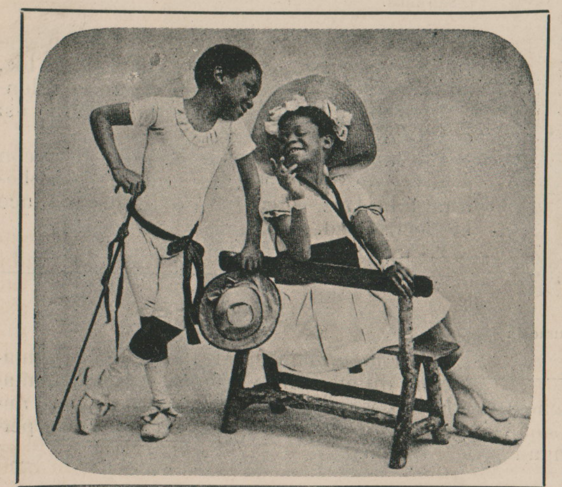
Puesto que se han copiado las danzas del negro, como el *Cake-Walk*, tratemos de hacer conocer al de Estados Unidos, que es su autor. Es un niño grande, sin egoísmo, fiel y adicto como un buen perro. Perdonémosle sus defectos, que son los de una larga esclavitud. Ha habido numerosos negros que han resultado grandes hombres, y M. Roosevelt está orgulloso con la amistad de Boocker Washington.



Las más ingenua de las cosas serias es probablemente el casamiento de un negro: ved, por ejemplo, esta boda celebrada á domicilio en una aldea de negros. La púdica desposada se ha puesto, aunque viuda, una ropa blanca y se ha colgado, alrededor de la cabeza, la cinta virginal azul y plata. Ella tiene un par de guantes blancos, guantes de lujo que le han regalado. El esposo lleva un traje bastante corto de talle, otro obsequio. Habrá festín, pero nada de baile. Los negros son demasiado religiosos para bailar en esta ocasión.

El alma negra... Alguien hablaba el otro día del alma negra. ¿Entonces se admite que el negro tenga un alma? Durante mucho tiempo se ha negado la existencia de esa alma, ó poco menos: era el único medio de cohonestar lo que se hacía con el negro; el engranaje menospreciado de una máquina que producía y reproducía en beneficio del amo.

Escuchad á sus detractores: Los caracteres visibles de su personalidad hacen pensar en la forma de los grandes monos, la estructura de su cráneo revela una inferioridad radical del organismo; carece de altas facultades; es apático, astuto, mentiroso, supersticioso, poseído de los más bestiales furores. Su conformación no lo destina á la vida intelectual y civilizada.



He aquí los negritos del Circo Nuevo, estos amores de pequeños negros que bailan tan airosamente el *Cake-Walk* y que han divertido á todo París con sus cuerpos ligeros y sus musicales giros.

El negro baila con cualquier pretexto, aún en las treguas de los trabajos del campo, durante la recolección del algodón ó de la canela. Es necesario apelar á la música para estimular á un jornalero. Un improvisado jefe de orquesta dirige, encaramado en un barril convertido en tambor y en el cual golpea con sus pies y sus puños, los rudimentarios instrumentos con que acompañan sus monótonos y salvajes *couplets*. He aquí las danzas antiguas: el *Carabiné*, en que el caballero tiene de la mano á su compañera y la hace girar rápidamente agitando un pañuelo rojo sobre su cabeza; el *Pilé Chactas*, en que la mujer se sacude sin casi mover los pies, mientras el hombre gira al rededor de ella, ora arrodillándose, ora inclinándose con mil mohines, hasta que la dama concluye por enjugar con su pañuelo el rostro mojado de sudor, que parece implorarlo. Todo eso era mucho más bonito que el *Cake-Walk*, singularmente desviado, según parece, de su objeto primordial.

En otro tiempo, los amos, deseosos de enseñar á sus esclavos el arte de caminar correctamente, sin pavonearse ni hacer muecas, habían instituído en cada ingenio una especie de concurso en que los negros desfilaban con una gallardía lo más correcta posible: el que marchaba mejor, recibía, al terminar, como recompensa, un regalo.

De ahí el nombre de *Cake-Walk*.



Las curas de sol

¡Cuánto hemos menospreciado los progresos de la humanidad! Nuestros lejanos antepasados se han creído hacedores de maravillas al inventar los vestidos. Y durante mucho tiempo los hijos de Caín, que fueron los fundadores de las artes, parecieron tener un derecho seguro á nuestro reconocimiento. Es menester arrebatárselo. No estamos persuadidos de que hayamos hecho muy bien al aprender á tejer la fibra y á hilar la lana. Hemos suprimido, simplemente, la mitad de nuestras funciones respiratorias.



Los rayos del sol hieren los ojos y los hacen parpadear con graciosos mohines. Pero ¡qué revancha consigue el resto del cuerpo! ¡Qué aire dichoso! ¡Y cómo los paseantes que almuerzan sobre la hierba del bosque de Vincennes, ataviados con ropas que no han sido hechas sino para acostarse, tienen el aspecto menos natural y menos expansivo!

Es menester, pues, que volvamos á tomar la costumbre de respirar por la piel, costumbre que hemos perdido con el correr de los siglos.



Poner en flexión los talones, extender los brazos bajo la mirada paternal del sol: ejercicio un poco duro, pues nada es más fatigante que la luz; pero es así como hacían los hijos de Esparta, y más simplemente todavía: la virtud y la constancia han sido resultados del aire libre y de la gimnasia.

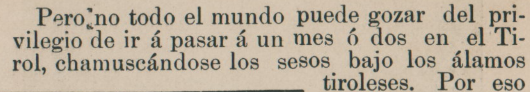


Con un traje cómodo los mismos trabajos de la tierra no son más que un juguete. Se cava, se riega, se abren pozos. Es verdad que no se trabaja, sino en la arena, y que las ballenas del corsé no se romperán.

La luz, al atravesar esa piel, ayudará á la nutrición de los órganos, aumentará la masa de la sangre y el número de los glóbulos rojos, y matará los microbios como Apolo Pytieu mataba los monstruos.

Hase pensado, pues, en instalar establecimientos cerrados en que se usara vivir en traje de baño. Hay muchos sanatorios de esta clase en Alemania. Los hay populares y elegantes, como el de M. Veldes en Austria.

Las escalas de cuerda suspendidas de este mástil, reclaman toda la agilidad posible. Esas mujeres se esfuerzan por conquistarla. Se confesará que una vana coquetería no ha de obstaculizarlo, pues han adoptado el vestido que los clowns han elegido desde hace mucho tiempo, para estar más á su gusto.

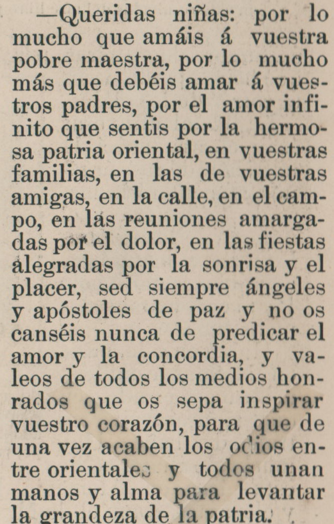


Pero no todo el mundo puede gozar del privilegio de ir á pasar á un mes ó dos en el Tirol, chamuscándose los sesos bajo los álamos tiroleses. Por eso se ha imaginado algo mejor en Berlín. Es, como lo demuestran nuestras fotografías, un establecimiento de sport, con sala de gimnasia, velódromo, etc. Se va á pasar allí una hora ó dos por día. El precio de abono no es muy elevado: 20 francos por mes en los días reservados, 20 en los ordinarios, ó 32 francos 25 por entrada cuotidiana.

Estas instalaciones se hacen en recintos en que el sol derrama todos sus rayos. Se monta á caballo ó en bicicleta, se hace ejercicios de tiro, se trepa á los mástiles, todo en traje de baño.

El benéfico efecto del ejercicio se combina con el del sol. Los poros se abren: la piel funciona al mismo tiempo que bebe la luz. Para sintetizar en una sola palabra tantos auspiciosos resultados, se ha dado al establecimiento un nombre desmesurado: *Licht, — luft — sport — bad.* Lo que quiere decir: «Baño de aire y de luz combinados con ejercicios sportivos».

Ecos del Vaticano



Los últimos momentos de León XIII

Completamos en este número la información gráfica sobre la cuestión, latente aún, del Papado, y que pensábamos ofrecer en el número anterior, pero que debido al mal estado del tiempo, que impidió á nuestros grabadores la confección de los fotograbados que acompañan á estas líneas, nos vimos en la absoluta imposibilidad de hacerlo. Esta semana, con el buen tiempo que ha reinado, nos facilita para que podamos saldar con el público nuestras cuentas de información.



El cáliz-urna donde los cardenales depositan el voto para la elección de papa

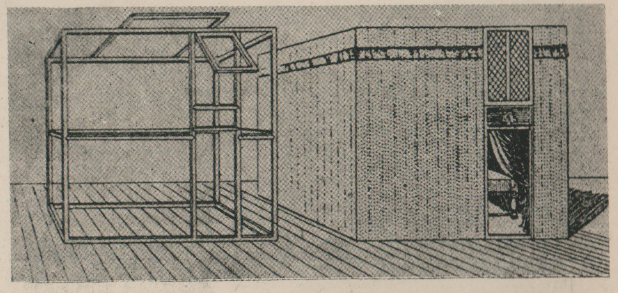


Nomen.

Eligo in Summum Pontificem R.mum D. Card. Giuseppe Sarto

Signa.

La boleta de votación cerrada



Celdas construídas para los cardenales durante el cónclave en el Vaticano

Educacionista meritoria

Un corresponsal nuestro, que ha visitado la escuela que dirige en Nueva Palmira, la inteligente señorita María Teresa Bó, nos hace un justiciero elogio del grado de adelanto en que se halla la susodicha escuela, debido á los afanes de la educacionista mencionada. Por falta de espacio, publicamos sólo los pensamientos que la señorita de Bó ha estampado en algunos álbumes.

Hélos aquí:

¡Con cuanto gusto daría mi vida si con mi muerte pudiera conseguir que se acabara para siempre ese fanatismo partidario que tiene desunidos á nuestros conciudadanos y causa la ruina de mi patria!

—Si los hombres reflexionaran seriamente, con mucha facilidad se convencerían de que la guerra es el peor de todos los males, y la paz, bajo el reinado de la justicia y de la fraternidad, el sumo de los bienes.

—Yo no odio á la guerra por miedo á la muerte, pero la detesto porque ella arranca á mis hermanas de mi corazón y no permite que ellos labren la felicidad y la grandeza de la tierra sagrada, en el seno de la cual duermen las glorias y las esperanzas del pueblo oriental.



Señorita María Teresa Bó, directora del colegio de niñas de Nueva Palmira

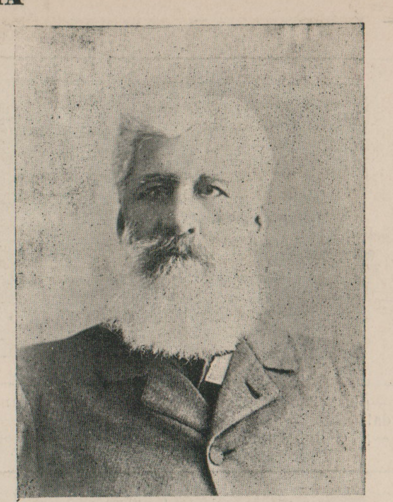
—Queridas niñas: por lo mucho que amáis á vuestra pobre maestra, por lo mucho más que debéis amar á vuestros padres, por el amor infinito que sentís por la hermosa patria oriental, en vuestras familias, en las de vuestras amigas, en la calle, en el campo, en las reuniones amargadas por el dolor, en las fiestas alegradas por la sonrisa y el placer, sed siempre ángeles y apóstoles de paz y no os canséis nunca de predicar el amor y la concordia, y valeos de todos los medios honrados que os sepa inspirar vuestro corazón, para que de una vez acaben los odios entre orientales y todos unan manos y alma para levantar la grandeza de la patria.

María Teresa Bó.

LA MISION A SARAVIA



Coronel José María Pampillón



Coronel José Saura

En la semana pasada partieron para Santa Clara de Olimar, residencia del general Aparicio Saravia, en misión de consulta al caudillo nacionalista, de sus opiniones respecto á la actualidad política y á la actitud que debe seguir observando en adelante el partido de sus afecciones—los conocidos jefes coroneles José Saura y José María Pampillón.

En la tarde del domingo último los nombrados jefes llegaron á Montevideo de regreso de su misión, trayendo las mejores opiniones del jefe militar del partido, el que se había manifestado muy satisfecho de las cosas actuales y decidido á acompañar esta situación, siempre que el Presidente de la República no se aparte de la marcha iniciada y sean cumplidos al Partido Nacional los compromisos establecidos.

A un reporter que les entrevistó, le dijeron que el objeto que les llevó hasta Santa Clara, «era el de tranquilizar al país y en ese sentido le podemos hablar con toda verdad, porque creemos que hay alta conveniencia en que se haga público lo que decimos. Hay que hacer propaganda de paz—recalcaron—una paz que el país necesita y que el Partido Nacional está dispuesto á acompañar y fortalecer. Aparicio Saravia—dijo el coronel Saura—es hombre de verdad, incapaz de una felonía y ha de cumplir lo que dice».

Fots. de Santini Hnos.

Los nuevos reyes de Servia

Como se sabe, por las numerosas informaciones que hemos dado en números anteriores respecto á los asuntos de Servia—á raíz del asesinato de los infortunados reyes Alejandro y Draga, se proclamó el advenimiento al trono de Pedro Karageorgevich, rama de otra casa que la de Alejandro, y que había dejado de gobernar desde hacía unos veinte ó veinticinco años.

Con Pedro I entra á reinar, como es consiguiente, su esposa la princesa Zorka, unida á éste en matrimonio por los lazos de un acendrado amor que, á estar á lo que cuentan las crónicas que llegan de Servia, ha perdurado hasta estos sonrientes días en que se ven sentados en un trono, que estamos seguros, no habían soñado en sus tiempos pasados tan al alcance de sus manos.

Se cuenta respecto á estos flamantes reyes, que en 1876, durante la guerra con Turquía, la princesa Zorka, estuvo á punto de ser muerta por los infieles. Pedro Karageorgevitch, con mando de fuerzas en aquel entonces, la defendió y la salvó. De ahí vino que la princesa quedase cautiva de su noble salvador y le pidiera á su padre la dejara casar con él.



La reina Zorka

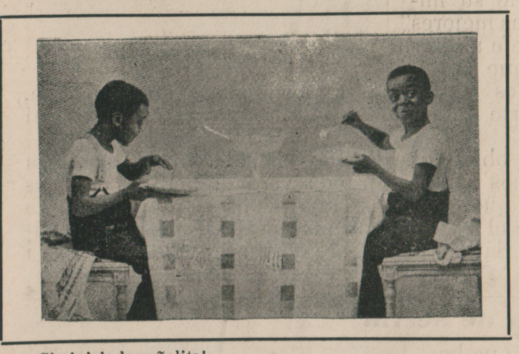


Pedro Karageorgevich I, rey de Servia

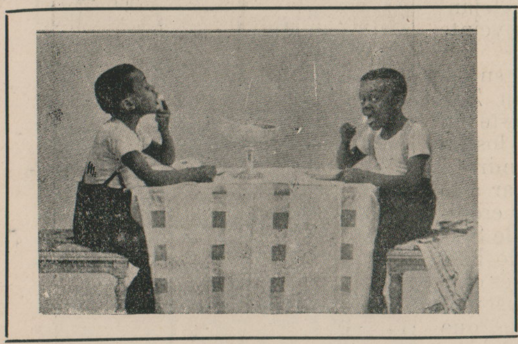
Poemas en prosa



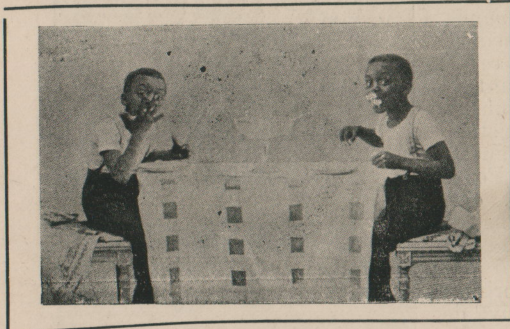
—¡Zas! ¡Benito! ¡Han lejado la clema! ¡Qué pansada no vamo á da!
—¡E cielto! ¡Lame un potito!



—¡Si viniela la señolita!
—¡Qué va á veni, hombe! Lame una cuchala.
—Eto se come sin cuchala.
—Beno.



—Vamo á ve e guto que tene.
—Vamo.



—¡Ponto! ¡que va á vení la señolita!
—Beno.

¿Escribiría estas líneas en tu álbum... Oh, no! Si me lo hubieras enviado, estamparía en él frases de banal galantería, de esas que, como estirados caballeros en traje de etiqueta, hacen una genuflexión ceremoniosa y se pierden entre la multitud, sincera pero vulgarmente aduladora; y no quedaría allí huella de los pensamientos que has hecho vibrar en mi cerebro ni de los aleteos de mi corazón, que quiere, cuando te veo, romper su cárcel.

Aquí, en cambio, quedará esa huella, aunque incomprensible para ti que no sabes que quizá no sabrás nunca que te son dedicadas estas líneas ni que has inspirado esos pensamientos y provocado esos aleteos. Porque ha sido uno de los mejores triunfos de mi voluntad, al estar á tu lado, el hablarte de cosas indiferentes, cuando dentro de mi ser, como dentro de un templo cuyos rosetones han sido cubiertos con tupidos velos, para que no escape ni un fulgor, ni una nota de los himnos del órgano, celebraba el sagrado oficio del más puro de los amores.

Yo sólo sé que éstas líneas hablan de ti, y por eso me son caras; por eso después de escritas, me parece que esplenden y que cantan y que perfuman, como esplende, canta y perfuma mi corazón cuando te acercas á él.

—

Una mañana... Estábamos en plena campiña, en medio de una turba bulliciosa y regocijada. Al verte llegar, sencillamente vestida con un traje claro de muselina, te había apenas saludado, alejándome después precipitadamente, temeroso de que mi turbación traicionara mi secreto.

Pero de lejos te miraba á veces, cuando nadie podía advertirlo. Un fresno añoso inclinaba hacia ti sus frondosas ramas y sobre el azul del cielo se destacaba tu perfil de diosa griega. Tu cabellera, que reflejaba los rayos del sol, cubría tu cabeza como un casco, y bajo él la corrección de sus facciones evocaba el recuerdo de Palas; de Palas la virgen armipotente é impoluta, diosa de la sabiduría y de la fuerza. Me sentí creyente, creyente de una religión extinta: de aquella que deificó las fuerzas de la naturaleza y pobló los bosques de hamadriadas y los mares de nereidas; sentí que el credo helénico, á través de los siglos, por sobre la cruz, inundaba mi alma.

Una tarde... Encima de las montañas que limitan el mar, había el crepúsculo construído y estaba derribando, entre fulgores de fragua y á martillazos de nubes, un edificio enorme, que parecía primero un templo, después un circo. Sobre ese telón de fondo te miré, con traje obscuro de severo corte, que realzaba la esbeltez de tu talle y la frágil delicadeza de tu busto. Una brisa ligerísima acariciaba y hacía volar, formando aureola, las guedejas de tu cabellera. Tu cabeza se levantaba cuando escudriñabas el poniente ó se inclinaba cuando profundizabas el océano con la mirada que era inmensamente dulce ú hondamente tierna. Me pareciste una mártir cristiana arrojada á las fieras: una nube negruzca antojóseme un tigre que se apercibía á hincarte sus garras, y una pincelada luminosa que brillaba en el gris acerado del cenit, una palma que bajaba del cielo para premiar tu martirio. Me sentí creyente, creyente de una religión olvidada; de esa que deifica las virtudes y los sacrificios y pobló los conventos de pálidos monges y el cielo de radiosos ángeles; sentí que el credo católico, á través de los años, por sobre la incredulidad de la orgullosa ciencia, inundaba mi alma.

Porque en mí despiertas el culto de la forma y el de la idea, de la impasible belleza plástica y de la conmovedora Virtud cristiana.

Por tí quemaría la mirra de mi adoración sobre el ara de Afrodita, ó comulgaría con la hostia santa en el altar del Crucificado.

Condensas para mí todas las creencias, las que matan y las que vivifican, las que hunden en las sombras del pasado y las que elevan el alma en asunción hacia los esplendores del porvenir.

Resumes la historia de mi vida á tal grado, que me parece que tu amor no sólo va á llegar hasta el instante de mi muerte, sino que, por misteriosa é inexplicable absorción retrospectiva, aboliendo años transcurridos, destruyendo amores pasados, se ha apoderado del instante de mi nacimiento.

Eres el alfa y la omega de mi carne y de mi espíritu.

—

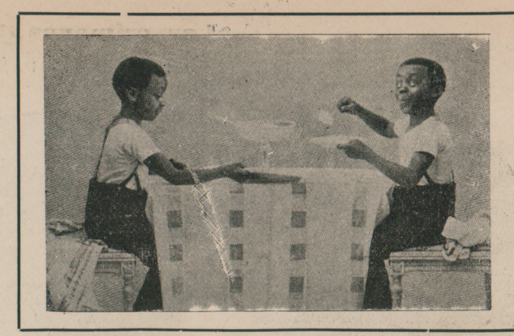
Pero yo sólo sé que estas líneas hablan de ti, y por eso me son caras, por eso después de escritas, me parece que esplenden y que cantan y que perfuman, como esplende, canta y perfuma mi corazón que, cuando te acercas á él, aletea para romper su cárcel.

Manuel PUGA Y ACAL.

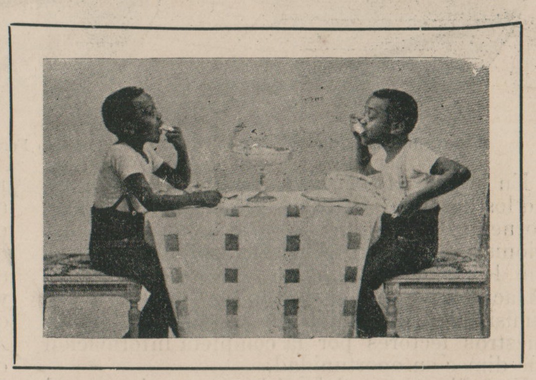
Perfil de la mujer

Ella era así. Tenía
el supremo poder de la belleza,
que prosterna á porfía
cuando palpita en ti, Naturaleza!
Desde el altivo trono
de su soberbia de mujer hermosa,
recibía en irónico abandono
la ofrenda del mortal para la diosa.
No era la suya la belleza fatua
de la mujer sin expresión y seca,
de la mujer-estatua,
de la mujer-muñeca.
Ella era carne viva y palpitante
con el ansia intuitiva del deseo,
virginidad en flor exuberante
para entreabrirse al sol del himeneo.
Sobre su frente pálida y extensa
había irradiaciones de alboradas,
y entre los rizos de su negra trenza
la atracción de las sombras encantadas.
Y había en su pupila soñadora
algo del llamamiento, algo del ruego,
y en sus labios la música sonora
vibraba de los ósculos de fuego.
Y había voluptuosas languideces
en cada seno cándido y erecto,
que convidaban á apurar las heces
de lo sublime junto con lo abyecto.
Y las rítmicas curvas hechiceras
de su cuerpo en vaivén vago y profundo,
ponían en sus mórbidas caderas
el sagrado temblor de lo fecundo.
Cuando marchaba la gentil coqueta
con su porte triunfal de soberana,
estrangulaba el pálido poeta
en la garganta el vítor y el hosanna!
Para aquella mujer todo era poco;
ninguno digno de besar su huella;
y el trágico poeta vuelto loco
la vió, la quiso y se mató por ella.

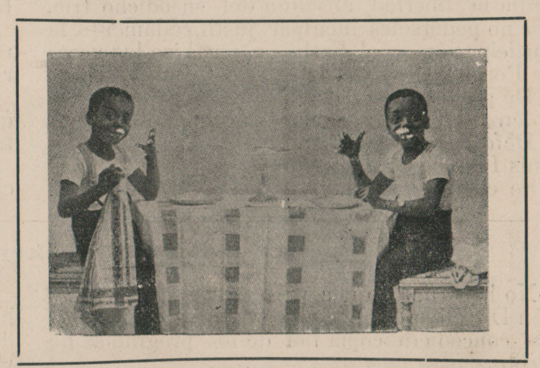
Marcial Carrera Guerra.



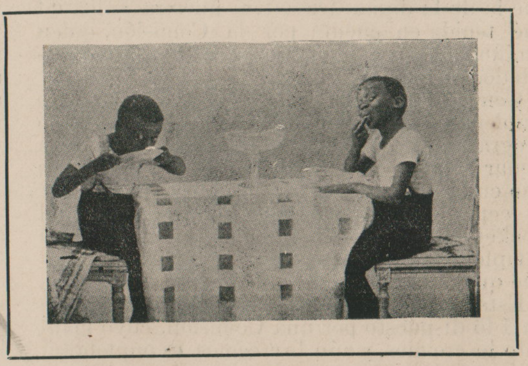
—Lame más. ¡Etá lica, ché!
—¡Tomá, muelto de hambe! ¡Ponto, que se lespalama!



—¡Pelo sabé que etá lica, ché, la clema! Tengo la baliga lulce.
—Y yo també̃n.

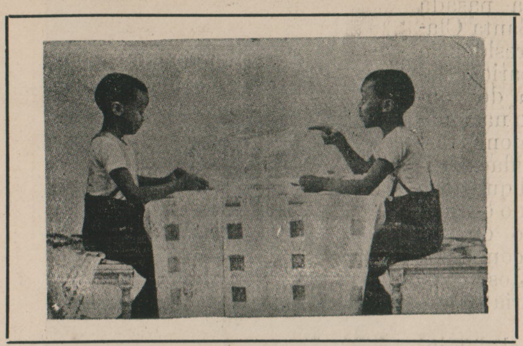


—¡Ahola si que vamo á palecé gente banca!
—¡Ya lo queo!

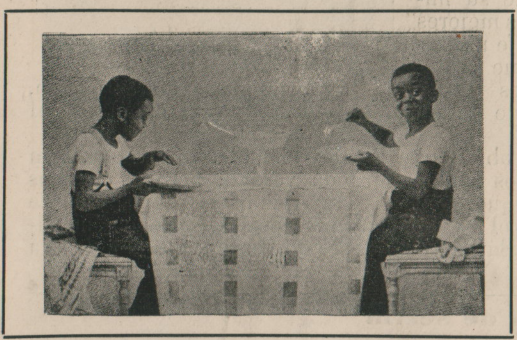


—Va á vení la señolita... ¡apulate!.. Yo lambo el pato... ¡Yo me econdo!
—¿Y si pegunta quen lo hició?
—¡Si pegunta... si pegunta... le ligo que fe e gato quen lo hició...
—E gato... nego... ¿vedad, Benito?

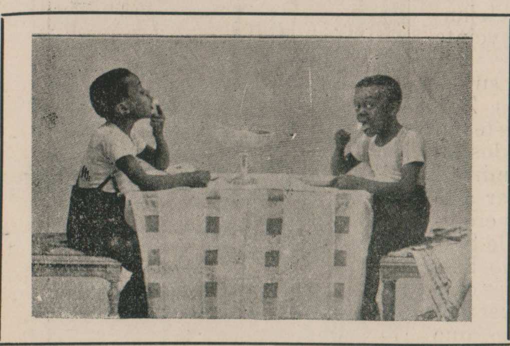
Poemas en prosa



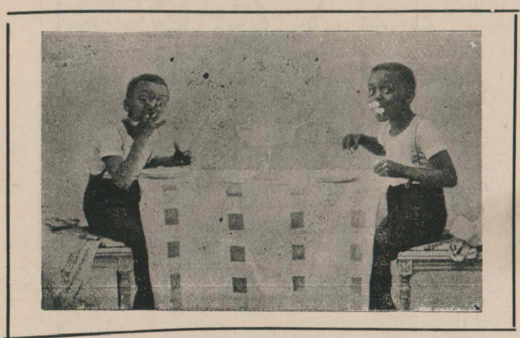
—¡Zas! ¡Benito! ¡Han lejado la clema! ¡Qué pansada no vamo á da!
—¡E cielto! ¡Lame un potito!



—¡Si viniela la señolita!
—¡Qué va á veni, hombe! Lame una cuchala.
—Eto se come sin cuchala.
—Beno.



—Vamo á ve e guto que tene.
—Vamo.



—¡Ponto! ¡que va á vení la señolita!
—Beno.

¿Escribiría estas líneas en tu álbum... Oh, no! Si me lo hubieras enviado, estamparía en él frases de banal galantería, de esas que, como estirados caballeros en traje de etiqueta, hacen una genuflexión ceremoniosa y se pierden entre la multitud, sincera pero vulgarmente aduladora; y no quedaría allí huella de los pensamientos que has hecho vibrar en mi cerebro ni de los aleteos de mi corazón, que quiere, cuando te veo, romper su cárcel.

Aquí, en cambio, quedará esa huella, aunque incomprensible para ti que no sabes que quizá no sabrás nunca que te son dedicadas estas líneas ni que has inspirado esos pensamientos y provocado esos aleteos. Porque ha sido uno de los mejores triunfos de mi voluntad, al estar á tu lado, el hablarte de cosas indiferentes, cuando dentro de mi ser, como dentro de un templo cuyos rosetones han sido cubiertos con tupidos velos, para que no escape ni un fulgor, ni una nota de los himnos del órgano, celebraba el sagrado oficio del más puro de los amores.

Yo sólo sé que éstas líneas hablan de ti, y por eso me son caras; por eso después de escritas, me parece que esplenden y que cantan y que perfuman, como esplende, canta y perfuma mi corazón cuando te acercas á él.

—

Una mañana... Estábamos en plena campiña, en medio de una turba bulliciosa y regocijada. Al verte llegar, sencillamente vestida con un traje claro de muselina, te había apenas saludado, alejándome después precipitadamente, temeroso de que mi turbación traicionara mi secreto.

Pero de lejos te miraba á veces, cuando nadie podía advertirlo. Un fresno añoso inclinaba hacia ti sus frondosas ramas y sobre el azul del cielo se destacaba tu perfil de diosa griega. Tu cabellera, que reflejaba los rayos del sol, cubría tu cabeza como un casco, y bajo él la corrección de sus facciones evocaba el recuerdo de Palas; de Palas la virgen armipotente é impoluta, diosa de la sabiduría y de la fuerza. Me sentí creyente, creyente de una religión extinta: de aquella que deificó las fuerzas de la naturaleza y pobló los bosques de hamadriadas y los mares de nereidas; sentí que el credo helénico, á través de los siglos, por sobre la cruz, inundaba mi alma.

Una tarde... Encima de las montañas que limitan el mar, había el crepúsculo construído y estaba derribando, entre fulgores de fragua y á martillazos de nubes, un edificio enorme, que parecía primero un templo, después un circo. Sobre ese telón de fondo te miré, con traje obscuro de severo corte, que realzaba la esbeltez de tu talle y la frágil delicadeza de tu busto. Una brisa ligerísima acariciaba y hacía volar, formando aureola, las guedejas de tu cabellera. Tu cabeza se levantaba cuando escudriñabas el poniente ó se inclinaba cuando profundizabas el océano con la mirada que era inmensamente dulce ú hondamente tierna. Me pareciste una mártir cristiana arrojada á las fieras: una nube negruzca antojóseme un tigre que se apercibía á hincarte sus garras, y una pincelada luminosa que brillaba en el gris acerado del cenit, una palma que bajaba del cielo para premiar tu martirio. Me sentí creyente, creyente de una religión olvidada; de esa que deifica las virtudes y los sacrificios y pobló los conventos de pálidos monges y el cielo de radiosos ángeles; sentí que el credo católico, á través de los años, por sobre la incredulidad de la orgullosa ciencia, inundaba mi alma.

Porque en mí despiertas el culto de la forma y el de la idea, de la impasible belleza plástica y de la conmovedora Virtud cristiana.

Por tí quemaría la mirra de mi adoración sobre el ara de Afrodita, ó comulgaría con la hostia santa en el altar del Crucificado.

Condensas para mí todas las creencias, las que matan y las que vivifican, las que hunden en las sombras del pasado y las que elevan el alma en asunción hacia los esplendores del porvenir.

Resumes la historia de mi vida á tal grado, que me parece que tu amor no sólo va á llegar hasta el instante de mi muerte, sino que, por misteriosa é inexplicable absorción retrospectiva, aboliendo años transcurridos, destruyendo amores pasados, se ha apoderado del instante de mi nacimiento.

Eres el alfa y la omega de mi carne y de mi espíritu.

—

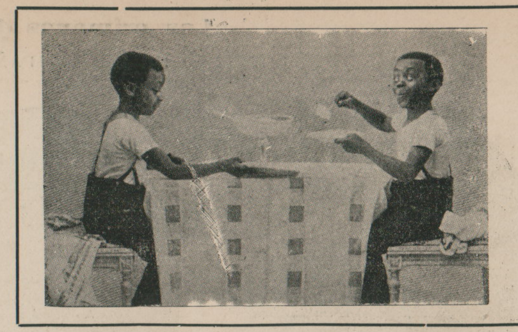
Pero yo sólo sé que estas líneas hablan de ti, y por eso me son caras, por eso después de escritas, me parece que esplenden y que cantan y que perfuman, como esplende, canta y perfuma mi corazón que, cuando te acercas á él, aletea para romper su cárcel.

MANUEL PUGA Y ACAL.

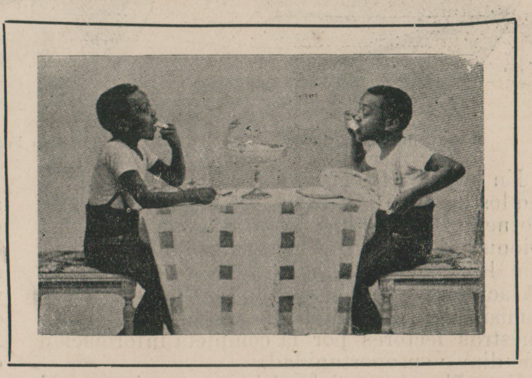
Perfil de la mujer

Ella era así. Tenía
el supremo poder de la belleza,
que prosterna á porfía
cuando palpita en ti, Naturaleza!
Desde el altivo trono
de su soberbia de mujer hermosa,
recibía en irónico abandono
la ofrenda del mortal para la diosa.
No era la suya la belleza fatua
de la mujer sin expresión y seca,
de la mujer-estatua,
de la mujer-muñeca.
Ella era carne viva y palpitante
con el ansia intuitiva del deseo,
virginidad en flor exuberante
para entreabrirse al sol del himeneo.
Sobre su frente pálida y extensa
había irradiaciones de alboradas,
y entre los rizos de su negra trenza
la atracción de las sombras encantadas.
Y había en su pupila soñadora
algo del llamamiento, algo del ruego,
y en sus labios la música sonora
vibraba de los ósculos de fuego.
Y había voluptuosas languideces
en cada seno cándido y erecto,
que convidaban á apurar las heces
de lo sublime junto con lo abyecto.
Y las rítmicas curvas hechiceras
de su cuerpo en vaivén vago y profundo,
ponían en sus mórbidas caderas
el sagrado temblor de lo fecundo.
Cuando marchaba la gentil coqueta
con su porte triunfal de soberana,
estrangulaba el pálido poeta
en la garganta el vítor y el hosanna!
Para aquella mujer todo era poco;
ninguno digno de besar su huella;
y el trágico poeta vuelto loco
la vió, la quiso y se mató por ella.

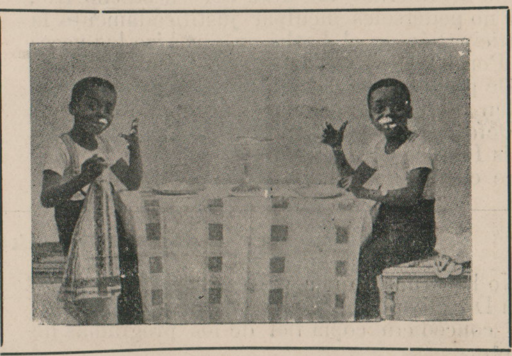
MARCIAL CARRERA GUERRA.



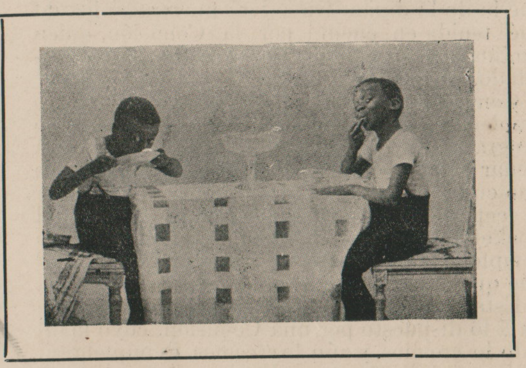
-Lame más. ¡Etá lica, ché!
—¡Tomá, muelto de hambe! ¡Ponto, que se lespalama!



—¡Pelo sabé que etá lica, ché, la clema! Tengo la baliga lulce.
—Y yo también.



—¡Ahola si que vamo á palecé gente banca!.
—¡Ya lo queo!



—Va á vení la señolita... ¡apulate!.. Yo lambo el pato... ¡Yo me econdo!
—¿Y si pegunta quen lo hició?
—¡Si pegunta... si pegunta... le ligo que fe e gato quen lo hició...
—E gato... nego... ¿vedad, Benito?

Los crímenes de la guerra

LIBERTAD DE LOS COMPAÑEROS DE «ALACRÁN»


Pedro Barragán


Cornelio Ferreira


José María Barragán

En la pasada semana fueron puestos en libertad los hermanos Pedro y José María Barragán y Cornelio Ferreira que acompañaban al célebre Dionisio Arrúa (a) «Alacrán», aquel que decía que los blancos le habían puesto el mote de «Alacrán» porque el bichito era malo... en la comisión del delito del que ya están enterados nuestros lectores por la completa información que dimos en oportunidad.

Esta libertad se debe á las sentencias que el Fiscal del Crimen dictó últimamente, en que pedía la libertad absoluta del susodicho trío, por no podérseles inculpar justificadamente la participación en el hecho en que hizo las veces de Pontífice el nenito de «Alacrán».

De paso, diremos, que para este personaje, se piden veinte años de cárcel.

Defendió á los culpados, el inteligente doctor Luis Ignacio García (hijo).

Se cuenta que, una vez hecha por los hermanos Barragán una visita de agradecimiento al abogado defensor que tiene su domicilio en 18 de Julio y Cuareim, éstos divisaron á Ferreira, que también llegaba á casa del doctor García á agradecerle, muy bien puesto, de golilla blanca y roja, llevando bajo el brazo el cojinillo lanudo que le sirvió de almohada durante su prisión. Al llegar Ferreira, descubriéndose, saludó al doctor García y luego, echó su cuerpo sobre José María Barragán, titubeando entre largar al suelo el sombrero ó el cojinillo que le ocupaban ambas manos.

José María primero y Pedro luego, le abrazaron, y éste último, al desasirse de él, bromeó riéndose así:

—Pucha, hermanito, que venís flaco! Mirá yo qué gordito he salido... Se conoce que has extrañao más la querencia!...

Y los tres saludaron de nuevo y juntos marcharon de prisa.

Al «Jockey Club»

No hace mucho nos presentamos á la Comisión Directiva del «Jockey Club» solicitando se nos concediera copia fiel de los programas de carreras.

Después de dormir mucho tiempo en carpeta, que creemos fué puesta por una mano que no fué la de la digna Directiva, nuestra solicitud fué tenida en cuenta por la Comisión, quien unánimemente dispuso la concesión de lo solicitado.

Con esta resolución no creimos que nuestro empleado encargado de la copia del susodicho programa, pudiera encontrar dificultades para llenar debidamente su cometido, pero sabemos que en la primera ocasión que tuvo para hacer la copia del programa, el señor gerente del Jockey le dijo, que él solo nos facilitaría datos complementarios, pero nunca el programa, porque quien lo hacía no estaba dispuesto á ello.

Esta sorprendente salida, en un todo contraria á lo dispuesto por una Comisión, cuyo mandato lo creimos, y aún lo creemos, es inquebrantable, por componerse ella de personas serias, respetables, no fué del agrado del representante de La Alborada, pero sin alegar la menor protesta lo aceptó, y allá como pudo cumplió con sus obligaciones para con nosotros.

Con lucha y á fuerza de grandes sacrificios hemos venido cumpliendo al público, ofreciéndole el programa de las carreras en nuestra Revista, á igual precio todo ello, que lo que vale el programa solo.

Es cierto, que en esta forma, el que dé menos ventajas al público es el que tiene que sufrir, pero no es menos cierto, que nosotros como el mismo «Jockey Club», estamos obligados á favorecer á aquellos de quienes directa ó indirectamente dependemos para el mantenimiento honroso de los intereses, y creemos que no por favorecer á uno se debe perjudicar á ciento.

Según parece, hay quienes desean evitar que La Alborada dé el programa de las carreras, pero se engañan como chinos. Mientras tengamos plena autorización de la competente Comisión Directiva del Jockey, seguiremos dándolo, pese á quien pese y aunque sea á costa de sacrificios pecuniarios.

Ahora toca á la Comisión Directiva del «Jockey Club» investigar lo que dejamos expuesto, pues es á ella á quien nos dirigimos, en la inteligencia de que nuestro agravio será solucionado satisfactoriamente para nosotros.

Esperemos!

"LA ALBORADA"

PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL SÁBADO 15 DE AGOSTO DE 1903

Comisarios del mes de agosto: señores Eduardo Vargas, G. Piccioli y Alfredo Lerena

1.ª carrera—Premio «Oro»

Para perdedores y ganadores de una carrera en todo tiempo.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Premios: $ 350 al 1.° y 50 al 2.°.—Los perdedores hasta 4 carreras 3 kilogramos de alivio, los de 5 ó más 5 kilogramos.—Peso por edad.—A la 1.40 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Los Paraisos	2	«Caradon ex Aladino»	zaino	5	59	Napoleón—Coqueta	ch. violeta bda. y g. bl.
S. Massena	3	«Lady Love»	colorada	4	58	Carasco—Lady Edén	ch. n. mgs. y g. salmón
S. Numancia	4	«Doña Sol»	zaina	6	58	Alerta—Dorada	ch. n. y oro á r. v. g. col.
S. Argentino	5	«La France»	zaina	5	58	Paysandú—Lamia	ch. a. m. b. p. c. y b. g. p.
S. Nico Pérez	6	«Americana»	zaina	4	57	Progreso—Fatinitza	ch. y g. am. y c. á ray. v.
S. Guadalupe	7	«Mariscal»	zaino	5	55	Offenheit—Kitten	ch. y violeta g. naranja
S. Tormentoso	1	«Orinoco»	zaino	6	50	Timias—Nessie	ch. y g. gda. y b. á r. h.
S. Oriental	8	«Político»	zaino	4	54	Guerrillero—Política	ch. v. bda. neg. g. punzó
S. Apolo	9	«Divisa»	zaina	5	53	Aquiles—Raquel	ch. turquesa g. colorada
E. Clover	10	«Chulo»	zaino	3	52	Júpiter—Pobrecita	ch. az. mgs. oro g. az. y o.
S. Martinica	11	«Mont Pelee»	zaino	4	52	Offenheit—Medusa	ch. y g. cel. y b. á r. v.
S. Latino	12	«Richesse»	alazana	3	50	Express—Favorita	ch. y g. col. y negra

2.ª carrera—Premio «Venada»

Handicap para caballos de 4 años y más edad.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait $ 5.—Premios: $ 400 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 2 y 15 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Santa Lucía	1	«Acomodo»	oscuro	7	61	Solomón—Princesa	ch. col. mgs. y g. oro viejo
» »	2	«Monja»	alazana	6	56	Hannover—Muchacha	fd, fd
E. Clover	3	«Hierro»	alazán	5	58	Saint H.—Hippolyte	ch. a. mgs. oro g. azul y o.
S. Principiante	4	«Fram»	zaino	7	55	Monarque—Lydia	ch. az. á l. oro g. azul y o.
S. Navarro	5	«Chato»	zaino	7	52	Rusticus—hija de S. Simón	ch. y g. cel. bda. col. y a.
E. Chantilly	6	«Krupp»	alazán	6	50	Guerrillero—Nena	ch. y gorra punzó
S. Apolo	7	«Vidalita»	zaina	4	49	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada
S. Uruguay	8	«Albricias»	zaina	4	41	Progreso—Bettina	ch. celeste g. blanca

3.ª carrera—Gran Premio «General Artigas» (clásico)

Para todo caballo—Distancia: 2750 metros.—Premios: $ 800 al 1.° y $ 100 al 2.°—Entrada $ 30.—Forfait: $ 10.—Peso por edad.—A las 2 y 50 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Karthoun»	alazán	6	62	El Amigo Violete	ch. y gorra punzó
S. Girondino	2	«Calepino»	alazán	4	60	Camors—Belle Rake	ch. ng. bda. y g. punzó
S. Cololó	3	«Digón»	zaino	4	60	Progreso—Ondina	ch. y g. c. bda. y mg. neg.
S. Recuerdo	4	«Amina»	zaina	4	58	Mivoisin—Mis. Bowler	ch. y gorra azul

4.ª carrera—Premio «Elio»

Para productos de 3 años que no hayan ganado.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: 400 al 1.° y $ 50 al 2.°.—Peso 57 y 55 kilos.—las 3 y 25 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
E. Clover	1	«Botafogo»	colorado	3	57	Bolivar—Esparta	ch. a. mgs. oro g. a. y oro
S. Numancia	3	«Heraldo»	zaino	3	57	Guerrillero—Iona	ch. ng. y oro á ray. v. g. c.
S. Imposible	4	«Chueco» ex Dario	zaino	3	57	Darwin—Miss. Recamier	ch. rosada g. negra
S. Tribuna	5	«Yacaré»	zaino	3	57	Progreso—Rosamond	ch. escocés bda. y g. col.
S. Uruguay	6	«Arbolito»	zaino	3	57	Hervidero—Realité	ch. celeste g. blanca
S. Salsipuedes	2	«Acuerdista»	tordillo	3	57	Progreso—Fornarina	ch. punzó, mgs. y g. viol.

5.ª carrera—Premio «Combate»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2000 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait $ 5—Premios: $ 400 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 4 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Karthoun»	alazán	6	60	El Amigo—Violeta	ch. y gorra punzó
S. Santa Lucía	4	«Acomodo»	oscuro	7	55	Solomón—Princesa	ch. c. mgs. y g. oro viejo
E. Clover	2	«Paolin»	alazán	5	57	Bolívar—Bettina	ch. az. mgs. oro g. az. y o.
S. Imperio	3	«Uruguayo»	zaino	4	43	Júpiter—Melilla	ch. y g. verd. ribs. negros
S. Cuaró	5	«Mario»	zaino	5	51	Jonquil—Love Lete	ch. mar. g. oro y n. á r. v.
S. Yatay	6	«Cassio»	alazán	7	51	Camors—Delicada	ch. y g. azul mar. á l. b.
S. Los Pinos	7	«Lybia»	zaina	7	50	Hervidero—Fornarina	ch. turq. bda. y g. punzó
E. Exmoor	8	«Cronge»	zaino	5	49	Júpiter—Elsa	ch. ros. alam. n. g. r. y n.
S. Lutece	9	«Zorro»	alazán	8	45	Oriental—Calaguala	ch. y g. p. bda. b. mgs. a.
S. Navarro	f f	«Chato»	zaino	6	45	Rusticus—hija de S. Simón	ch. y g. cel. bda. c. y a

6.ª carrera—Premio «Jonquill»

Handicap para caballos ganadores hasta 2000 $ en tiempo y para los que no hayan ganado en 1903.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: 350 $ al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 4.35 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Nico Pérez	1	«Sarandí»	zaino	4	59	Progreso—Alba	ch. y g. a. y col. á ray. v.
E. Chantilly	2	«Cincinato»	alazán	4	58	Offenheit—Circé	ch. y gorra punzó
S. Cuaró	3	«Meca»	alazana	5	53	Guerrillero—Iona	ch. m. g. oro y ng. á ray.
S. Recuerdo	4	«Amina»	zaino	4	53	Mivoisin—Mis. Bowler	ch. y gorra azul
S. Treinta y Tres	5	«Olimar Chico»	oscuro	6	52	Pan—Bambina	ch. y g. punzó bda. blanca
S. Navarro	6	«Portugal»	alazán	9	51	Stiletto—Europa	ch. y g. c. bda. col. y a.
S. Santa Lucía	7	«Ebano»	oscuro	6	50	Stone Cross—Early Love	ch. col. mgs. y g. oro viejo
S. Imperio	8	«Worth»	tostado	3	50	Saint Mirin—Modiste	ch. y g. vde. con ribs. neg.

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate.*

La primera carrera se correrá á la **1.40** p. m., y el tren saldrá á la **1** p. m.

Precios.—Palco, pad lock y circo, $ 2.00; palco y circo, $ 1.00; circo, $ 0.50.

El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRÍQUEZ

—Luisa, ¿estás loca?

En ese momento Luisa, que tenía la vista fija en Martín, esperando que éste á su vez mirara hacia el palco, aprovechó la ocasión, en cuanto se presentó, para saludarlo con un ligero movimiento de cabeza, al que correspondió el joven con un saludo profundo, que dió motivo á otro movimiento más marcado de parte de Luisa y de doña Dolores.

II

Cuando concluyó el acto, Luisa hizo señas á Martín de que subiera al palco, y como el joven la mirara, esperando la confirmación de aquella seña, la repitió de una manera que no dejaba lugar á duda.

Pocos momentos después, Martín tocaba discretamente á la puerta del palco.

—¡Aquí está! exclamó Luisa.

—¿Quién? preguntó doña Dolores, que no estaba al tanto de la telegrafía de su hija.

—Mi primo. Le hecho señas de que suba.

El señor Dardelle había abierto entretanto la puerta, recibía al joven afectuosamente, y tomándolo de la mano lo presentó á su mujer.

Luisa le tendió francamente la diestra, y le dijo:

—¿Cómo estás, primo? ¡Gracias á Dios que te acuerdas de nosotros?

—Señorita... crea usted...

—¡Caballero!.. repuso Luisa, haciendo una exagerada reverencia.

—¡Luisa! dijo Martín, corrigiendo el ceremonioso «señorita».

—En hora buena, ya eso es otra cosa, prosiguió la joven. Creí que me reprochabas la confianza con que me permití tratarte. ¡Pero es que hace tanto tiempo que te conozco!..

—¿Es posible?

—Ya lo creo: todas las semanas, desde hace más de un año, voy á la Profesa á rogar á Dios que conserve el alma de mi primo Martín dentro de su cuerpo, donde parece se halla bien alojada, por más que tía Lupe diga lo contrario.

—Mi madre... dijo Martín en tono que significa que no admitía chanzas de ningún género respecto á la autora de sus días.

—Ya sabemos que eres buen hijo, le interrumpió Luisa, cambiando de tono. Eso es tradicional en nuestra familia.

Y así continuó la conversación durante un buen cuarto de hora, al cabo del cual ya se trataban los dos parientes con una cordialidad sincera, y como si en efecto hubiesen cultivado añeja y estrecha amistad.

Doña Dolores hablaba poco, y generalmente miraba con indiferencia cuanto pasaba á su alrededor.

Pero desde el momento en que entró Martín en el palco y pronunció la primera palabra, el timbre de voz de su sobrino causó una impresión extraña en ella, y no dejó de considerarlo cuidadosamente, como evocando recuerdos dormidos en el fondo de su memoria.

De pronto, interrumpiendo á Martín que hablaba entretenido con Luisa, le dijo:

—Oiga usted, Martín.

—Usted mande.

—¿Dónde se encontraba usted en septiembre del año pasado?

—Un poco por todas partes, contestó el galán como queriendo esquivar la conversación para seguir dedicándose exclusivamente á Luisa.

—¿No estuvo usted en el Estado de Guanajuato?

—Creo que sí. En efecto, sí, allí pasé el mes de septiembre. Ahora lo recuerdo bien, como que me pasaron unas aventuras...

—¿Entre Lagos y León?

—¡Ah!.. ¿Quién le contó á usted? preguntó el joven fijándose ya en la conversación.

—¡Al fin! exclamó la señora Trenard, sin poder contenerse y en voz tan alta que hizo volver la cara á los que ocupaban los palcos vecinos.

—¿Cómo al fin? preguntó Luisa.

—Bien quería yo recordarlo, prosiguió la institutriz. Señor Dardelle, tengo la honra de presentar á usted al salvador de Luisa.

—Toma, y es verdad, exclamó involuntariamente Martín. Usted es la joven de la diligencia.

—Ya, ya, prosiguió el señor Dardelle. Esa mirada no me era desconocida.

—¡Ah, Martín! prorrumpió Luisa conteniendo un movimiento involuntario para lanzarse en brazos de su primo.

Y le tomó ambas manos entre las suyas, y lo miró con una de esas miradas profundas, que parecen lo infinito, que penetran hasta el fondo del alma, que deciden en un segundo de la vida de un hombre.

Una de esas miradas que nadie estudia, que nadie aprende, que no se pueden fingir, que son de una sinceridad brutal é inocente, y que dicen lo que el lenguaje humano no acertaría á traducir.

—¡Ah, Martín!.. repitió Luisa, ruborosa, enternecida, palpitante de amor, de orgullo, de adoración hacia ese hombre que cada vez aparecía á sus ojos con nuevo y mayor prestigio.

—¡Cómo pagar semejante servicio! murmuró el señor Dardelle contemplando al joven héroe.

—¡Gracias, estoy pagado ya! contestó Martín estrechando las delicadas manos de Luisa, y saboreando por primera vez las voluptuosidades del amor.

Porque el alma de aquel soldado trovador, estaba virgen aún. No había sentido el amor que engrandece, que regenera, que magnifica.

El otro le había rozado con la punta de sus alas, y sólo había provocado desdén en aquel hombre excepcional y lleno de contradicciones, á veces grandiosas.

III

Martín escuchó á Luisa con inefable encanto.

Luisa hizo gala de su facundia y de su gracia.

Martín no era vanidoso; pero Luisa supo pasarle la mano tan delicadamente, que, por primera vez, se encontró el joven orgulloso de sus triunfos de poeta, de periodista, de militar y de tribuno.

Antes de separarse ofreció Martín visitarlos en breve, sin ceremonia alguna.

(*Continuará*).

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Administrador: AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194, 1.er piso

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps.	0.50
Por semestre adelantado	»	3 00
Número suelto (los sábados y domingos)	»	0.10
» » (de la semana)	»	0.20
Número suelto (atrasado)	ps.	0.30
Por un año adelantado	»	5.00
Exterior. Por año adelantado	»	7.00

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$	27.04
Demetrio Errausquin—Maldonado	»	13.43
Saturnino Mernies—Mercedes	»	9.00
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	»	11.40
Elvira García—Parado	»	9.10
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	»	8 64
Francisco M. Sánchez—Minas	»	7.40
Miguel Balvela—Itapebí	»	14.10
Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$	10.20
Alfredo M. Luc—Estación Cazot	»	7.80
Marcelino Moas—San Fructuoso	»	31.80
Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	»	10.80
Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	»	15.40
Gregorio García—San Carlos	»	5.80
Jesús Sosa—Florida	»	7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Talleres de EL SIGLO ILUSTRADO, Calle 18 de Julio, núm. 23